

El viaje hacia el ser y la nada en *El gran divorcio. Un sueño*, de C. S. Lewis

Campo Ricardo Burgos López
Universidad Sergio Arboleda



La novela *El gran divorcio. Un sueño* (*The Great Divorce. A Dream*) de C. S. Lewis vio la luz entre 1944 y 1945. En ella, como por lo general ocurre en la obra de este escritor irlandés, hoy tan popular por las adaptaciones que se hacen al cine de sus *Crónicas de Narnia* (*The Chronicles of Narnia*), volvemos a encontrar la conjunción de narrativa fantástica y teología cristiana, que es su sello personal. En este trabajo nos adentraremos en este universo narrativo. Para ello, ofreceremos un resumen de la historia, en seguida consideraremos cuatro de las tesis primordiales del texto, y por último, señalaremos algunas conclusiones.

Un viaje al más allá

El gran divorcio. Un sueño, es una novela sobre el viaje de su protagonista (el mismo C. S. Lewis) al infierno y al cielo. La obra se inicia cuando el protagonista se descubre muerto y caminando por las calles del infierno, de súbito encuentra un autobús frente al cual varias almas están hacen fila y, al averiguar, resulta que ese bus es el que lleva a los condenados del

infierno a hacer turismo en el cielo¹. Lewis aborda el automotor y comienza el viaje que nos revelará la naturaleza del cielo, del infierno, de los condenados, de los bienaventurados, del bien, del mal, de Dios y del ser humano. Tanto en el trayecto hasta el cielo, como en el cielo mismo, Lewis encuentra todo tipo de condenados y se lleva innúmeras sorpresas (en el cielo, por ejemplo, hay asesinos, y en cambio se han condenado madres que idolatraban a sus hijos, obispos reconocidos o esposas obsesionadas con sus esposos). Lewis se topa en el cielo con su maestro espiritual, el también escritor George MacDonald, con quien tiene la oportunidad de observar a diversos condenados y bienaventurados, y discutir diversos conceptos acerca de Dios y del hombre. El texto concluye cuando el protagonista descubre que está soñando y no ha muerto. El lector se lleva la impresión de que, para Lewis, ese denominado «sueño» es más real que esa vigilia a la cual ha vuelto. De igual modo, vale la pena aclarar que *El gran divorcio. Un sueño*, sigue los pasos de esa «anticiencia ficción», etiqueta que se le ha adscrito a otros trabajos fantásticos de Lewis y que entraña el uso de íconos típicos de la literatura fantástica, pero enmarcados en la tradición y la teología cristianas².

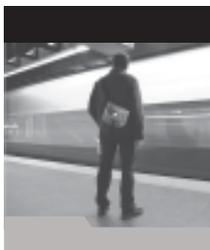
Sobre el cielo y el infierno

De modo general, resaltamos algunos de los rasgos y tesis fundamentales de la obra lewisiana.

1. Para Lewis, el pecado humano consiste en el narcisismo o el amor desaforado de sí mismo, por eso todos los condenados revelan de modo eminente este rasgo. Cuando Lewis lleva a cabo su periplo, lo que primero llama su atención es que los habitantes del infierno son de una egolatría inmarcesible. Irremediablemente todos se consideran seres maravillosos cuya valía nunca fue reconocida por sus ingratos camaradas humanos; todos se sienten seres rectos con quienes se ha cometido una injusticia sin nombre; todos creen que sus derechos han sido violados; todos se consideran decentes, buenos hijos, buenas madres, buenos esposos, buenos maestros, buenos artistas, buenos teólogos. Todos están enamorados de sí mismos y suponen que su existencia fue lo mejor que alguna vez pudo sucederle al Planeta Tierra. Todos estiman que su ombligo es lo más bello, ejemplar y heroico que hay en el mundo. Todos, sin excepción, se sienten inteligentes y tocados por la gracia. A ninguno de estos condenados se le ha pasado alguna vez por la mente

¹ C.S. Lewis, *El gran divorcio. Un sueño*. Santiago de Chile: Andrés Bello, 1995, pp. 17-20. Todas las citas corresponden a esta edición.

² Campo Ricardo Burgos López, *Ciencia y técnica en la anticiencia ficción de C. S. Lewis*, Ponencia presentada al Encuentro «De la Tierra a la Luna», Hemeroteca Nacional Carlos Lleras Restrepo y Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 20 al 28 de septiembre de 2007, p. 4.



eso que decía Clemenceau, de que «los cementerios están llenos de gente insustituible»³. No. Todos ellos, de un modo u otro, se sienten elegidos para una tarea que sin ellos resultaría irrealizable y se toman demasiado en serio a sí mismos. Todos, de un modo delirante, consideran que Dios o la realidad los necesitan para algo⁴. Pero —deja intuir Lewis—, es allí donde radica el problema: Dios o la realidad no necesitan a nadie para nada. Por perfecto y magnífico que sea un individuo, no por eso deja de ser criatura y como tal, prescindible, sustituible, reemplazable, innecesario.

Todas las criaturas que Lewis retrata en su infierno han olvidado que no son el centro de algo y que por eso —así les resulte doloroso— los demás pueden ser felices sin ellos. En cambio, cuando Lewis encuentra a los bienaventurados habitantes del Cielo, de inmediato le llama la atención el total olvido de sí mismos que los caracteriza⁵. Quienes se salvaron saben que todo lo que tienen es regalado (ellos no crearon su cuerpo, su alma, su belleza, su inteligencia, su sentido del humor, el mundo, el universo, a los otros seres vivos, nada de nada). Como saben que todo cuanto tienen es prestado, también saben que hay *Otro*, el propietario, y ese propietario (no es otro que Dios) tiene todos los derechos mientras ellos no tienen ninguno (recuérdese que uno sólo tiene derechos sobre aquello que le pertenece, pero el problema —según Lewis— es que el hombre *no* tiene derecho de pronunciar el adjetivo «mío»). Dado que los habitantes del cielo se saben miserables (el rico es Dios que ha tenido la amabilidad de prestarles todos los bienes tanto materiales como inmateriales), saben que no son el centro de nada y por ende —en contraste con los habitantes del infierno— son humildes. Los bienaventurados no son ególatras, sino teólatras, saben que el centro es Dios, ellos son satélites y nada en el mundo podrá cambiar su condición. Empero, el hecho de que los bienaventurados vean las cosas como son y no se suman al delirio narcisista de los seres del infierno, nada los hace infelices. Por el contrario, mientras un condenado en el infierno se encierre en sí mismo y en su autoestima herida, jamás saldrá de allí por los siglos de los siglos. En cambio el salvado —por aceptar que es criatura— sale de sí mismo, goza de los seres del universo y de Dios mismo, jamás se aburre porque uno sólo se aburre cuando lo único que tiene para contemplar es su propio ombligo y no cuando todos los ombligos de los seres del mundo se están ofreciendo para su exploración. Mientras el condenado (presa de su idea fija de ser el eje de algo) sólo pensará en sí mismo y se observará para siempre. El bienaventurado nunca tendrá tiempo de pensar en sí

³ ROBERT Sabatier. *Diccionario ilustrado de la muerte*. Barcelona: Gustavo Gili, S. A., *sine date*, p. 224.

⁴ Op. cit., LEWIS, p. 107 y ss.

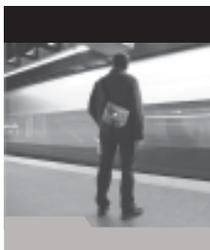
El gran divorcio. Un sueño, es una novela sobre el viaje de su protagonista (el mismo C. S. Lewis) al infierno y al cielo.

mismo porque existe demasiado en qué pensar y qué observar por los siglos de los siglos.

Mientras el habitante del infierno se ama a sí mismo más que a su prójimo y a Dios (por eso es infeliz, dado que uno mismo sin el universo y los otros resulta tedioso), el habitante del cielo ama a Dios sobre todas las cosas y a su prójimo como a sí mismo (por eso es feliz, tiene a Dios y al prójimo y ¡oh paradoja!– también a sí mismo). La clave para salvar-se, entonces, reside en algo tan simple –pero tan complicado– como salir de sí mismo. Quien todavía esté interesado en sí mismo, está pegado a un cordón umbilical que a la larga lo hundirá en el mal. Quien ha aceptado que en tanto criatura siempre se encontrará en un segundo lugar respecto de un Creador, está peligrosamente cerca de la salvación.

2. Para Lewis, la existencia del hombre es un viaje desde la semihumanidad hasta la plena humanización o la plena nulificación. Lo vemos en las tres categorías de personas que aparecen en la novela. En primer lugar, están los humanos insertos en el espaciotiempo. Son un híbrido de rasgos buenos y malos, de santidad y de pecado, una mezcla del cielo y del infierno. En segundo lugar, están los bienaventurados, quienes son pura bondad y santidad, son seres que han abandonado la condición híbrida que caracteriza a los humanos antes de morir. En tercer lugar, están los condenados, quienes también han dejado de ser híbridos, pero para hundirse totalmente en sí mismos, es decir, en la nada.

Nuestra vida terrenal –de acuerdo con Lewis– comienza con un viaje que sólo puede tener dos destinos: uno, ser el híbrido que poco a poco se olvida de sí mismo y deja que el Ser (es decir, Dios) lo inunde; cada vez hay menos nada en él, por ello se torna más sólido, más real, más humano. Dos, ser el híbrido que cada vez más se concentra en sí mismo y en su propia pequeñez, lo cual lo aleja del Ser (es decir, Dios); cada vez aumenta la nada en él, por ello se vuelve más irreal, más fantasmal, más deshumanizado. Por esa razón, desde la perspectiva lewisiana, los humanos híbridos que estamos en el espaciotiempo no somos en sentido estricto humanos sino «semihumanos» (todavía estamos demasiado lastrados por la nada y demasiado preocupados por nuestra imagen). Por ello, los únicos que pueden darse el título de «humanos» son los habitantes del cielo (han conseguido el máximo de



ser posible, no son un proyecto de alguien —como ocurre con los híbridos espaciotemporales— sino que, por fin, son alguien, una realización plena). En ese sentido, los condenados se han deshumanizado por completo (se aproximan casi totalmente a la nada pura). Vemos entonces que nuestra vida en el espaciotiempo, los semihumanos, mezcla de ser y de nada que somos, hemos de decidir si nos plenificamos en el ser o si permitimos que la nada poco a poco nos anule.

3. Para Lewis, el infierno es empequeñecerse; el cielo, agrandarse. En algún momento del capítulo 11, se pregunta por qué cierta bienaventurada no entra al infierno para rescatar a cierto condenado, y obtiene una respuesta de MacDonald: no puede por una razón puramente física, es demasiado grande para caber en el infierno⁶. Como anotamos en el ítem anterior, dado que los condenados se encierran en sí mismos, dicen «No» a la realidad y se dedican a contemplarse el ombligo por toda la eternidad, la nada les invade cada vez más. Por eso, sin que sean conscientes de ello, los condenados disminuyen progresivamente de tamaño. Primero, son semihombres; luego, fantasmas, seudofantasmas, nada. Podemos decirlo de otro modo. Inicialmente tienen el tamaño de un hombre, sucesivamente el de un ratón, el de una hormiga, el de un microbio, el de un átomo, el de un partícula subatómica, e irán empequeñeciéndose *ad infinitum* hasta ser nada. En último término, el infierno con todas las nadas que lo habitan se empequeñece progresivamente y acaba siendo tan insignificante que no alcanza a ser ni siquiera un átomo del cielo. Ni el más pequeño ser del cielo puede meter un dedo en el infierno. Si se juntaran todos esos millones de «egos infernales» no pesarían una partícula subatómica del cielo.
4. Al mostrar esos condenados que viajan en bus al cielo y, en vez de quedarse allí, deciden retornar al infierno,⁷ Lewis descubre que el infierno tiene las puertas abiertas. El infierno no es un lugar a donde Dios envía a los condenados, es un espacio y un estado que los condenados escogen por propia voluntad. De hecho, Dios mantiene las puertas del infierno abiertas por toda la eternidad, pero lo horriblemente asombroso es que ninguno de sus habitantes decidirá jamás salir de allí. ¿La razón? Los condenados tomaron la decisión de

Desde la perspectiva de Lewis, el ser humano sólo puede comprenderse con relación a un cielo y a un infierno. De otro modo es imposible.

quedarse por toda la eternidad mirándose el ombligo y jamás levantar la mirada para ver a otro. El condenado ha resuelto ser prisionero de su mente en vez de abrir los ojos a la Verdad. Mientras en *La Divina Comedia*, Dante muestra que la generalidad de condenados al infierno están allí obligados y por eso se hallan aprisionados o encadenados de muchas formas, Lewis muestra que los condenados pueden salir del infierno cuando se les dé la gana. El problema es que en su soberbia nunca lo van a desear. Dios –diría Lewis– jamás envía a nadie al infierno, uno solito se condena.

A modo de conclusión

Con base en lo anterior, apuntamos tres conclusiones:

1. Desde la perspectiva de Lewis, el ser humano sólo puede comprenderse con relación a un cielo y a un infierno. De otro modo es imposible. Esto porque, como hemos expuesto, en el espaciotiempo el hombre mezcla en sí el bien y el mal, por tanto sólo es un ser semilibre, semiprisionero. Si opta por la Verdad y el Ser, conseguirá ser libre; si opta por su autodeificación y por la nada, terminará aprisionándose para siempre. Aquí en el espaciotiempo somos mixtura de cielo e infierno, pero en algún momento esa mixtura se resolverá por un lado o por otro. Una descripción del hombre que no considere el cielo y el infierno es incompleta porque es como la descripción del principio de un viaje, pero sin conocer cómo finaliza ese viaje. Hablar del hombre sin el cielo y sin el infierno, impide comprenderlo: es como si nos contaran la infancia de un individuo y nada supiéramos de su adolescencia, de su adultez, ni de su vejez.
2. Para Lewis, la existencia humana se debate entre dos extremos: el ser y la nada, la arrogancia y la humildad, la egolatría y la teolatría, la autosuficiencia o el reconocimiento de ser dependiente, el autocentramiento o el heterocentramiento. Del modo en que cada ser afronte cada uno de estos dilemas, depende su suerte.
3. Con *El gran divorcio. Un sueño*, Lewis lleva a cabo un viaje y se propone servir de guía para los otros viajeros humanos y, al mismo tiempo, reflexionar sobre temas tan complejos como el bien, el mal, el cielo, el infierno, el ser, la nada, la vida, la muerte, Dios y las criaturas. Si alguna vez Tomás de Kempis, en su célebre *Imitación de Cristo* habló de que hay libros para arrepentirse y convertirse, y otros sólo para distraerse y divertirse⁸, con *El gran divorcio. Un sueño*, Lewis ha conseguido un texto que al mismo tiempo mueve al arrepentimiento y a la diversión, a la conversión y a la distracción. Este libro es un exponente formidable de literatura que a la vez asombra y edifica. Magnífica fusión de Tomás de Kempis con vistosos unicornios. **hU**

⁸ Tomás de Kempis, *La imitación de Cristo*, Bogotá, Editorial Lecat, sin fecha, p. 71.